

Mi relación con los Padres de Tibhirine¹

Es difícil para quien no conoce nuestra pequeña Iglesia de Argelia comprender el lugar que ocupaba el monasterio de Tibhirine en la vida de nuestra comunidad diocesana. Tras la marcha de las Hermanas Benedictinas Misioneras de Medea en 1974 y la de las Hermanas Clarisas de Notre Dame d'Afrique en 1995, Notre Dame del Atlas era la única comunidad monástica contemplativa de Argelia. La Orden Cisterciense de la Estricta Observancia también había pensado en cerrar Notre-Dame del Atlas tras la independencia de Argelia en 1962. En ese momento, el cardenal Duval movilizó toda su energía para que se anulara esta decisión.

Más tarde, con la salida de Argelia de casi todos los europeos, la evolución del propio monasterio lo convirtió en una realidad cada vez más simbólica dentro de nuestra Iglesia.

Era una comunidad de vida cristiana en una región donde casi toda la población era musulmana. Los monjes asumían esta situación en su oración y en su modo de vida. Por eso, a muchos de nosotros nos gustaba ir allí regularmente. Encontramos allí, en la forma específica de la vida monástica, lo que considerábamos la vocación específica de la Iglesia en Argelia.

Para comprender esta situación, puede ser útil presentar en primer lugar una breve descripción de esta vocación que podríamos encontrar, vivida de forma más elevada, en el propio monasterio de Notre-Dame del Atlas.

La vocación de nuestra Iglesia de Argelia

La Iglesia de Argelia ha adoptado, progresivamente, desde hace ciento cuarenta años, una orientación bastante particular. En efecto, ha comprendido, poco a poco, pero cada vez más, que su relación con un pueblo, que seguía siendo musulmán en su casi totalidad, le confería una vocación hacia el encuentro islamo-cristiano. Entre 1868 y 1939, se fundaron sucesivamente varias congregaciones en la propia Argelia, especialmente para la relación con la población musulmana: los Padres Blancos y las Hermanas Blancas, en primer lugar, y posteriormente las diversas familias de espiritualidad foucaultiana. Más tarde, otros grupos como la Misión de Francia o movimientos laicos, como algunos equipos de Acción Católica o nuevas comunidades (Vie Nouvelle, Focolari, Fraternidades Seglares, etc.) se desarrollaron con el mismo espíritu.

¹ Monseñor Henri Teissier, arzobispo emérito de Argel, falleció el 1 de diciembre de 2020. Esta conferencia fue pronunciada en la Abadía de Westmalle (Bélgica) el 25 de marzo de 2009, fiesta de la Anunciación del Señor, con motivo de la publicación del libro: Ivo DUJARDIN et Walter MEEUS, *De droom van Tibhirine: monniken en moslims: de erfenis van de zeven vermoorde trappisten*, Tielt, Lannoo, 2009.

Así, poco a poco, importantes grupos de personas, de origen musulmán, consideraban que, a pesar del contexto colonial de la época, su relación con la Iglesia y con los cristianos contaba en su existencia, humana y espiritualmente. Por otra parte, a partir de 1947, el ministerio del cardenal Duval, de monseñor Scotto y de otros cristianos valientes dio nueva credibilidad a los cristianos en la sociedad argelina durante los tiempos difíciles de la guerra de liberación (1954-1962) y durante los primeros años de la cooperación internacional con Argelia (1962-1980), estableciendo así nuevas relaciones con la sociedad musulmana.

Cada vez más, todos intentamos establecer, en este país enteramente musulmán, pequeñas células de vida evangélica, dando el signo de un servicio desinteresado y de una relación fraternal abierta a su entorno.

Mi relación personal con el Padre Christian

Me permito también subrayar un aspecto particular de mi relación con el monasterio, el de mis vínculos personales con el padre Christian. Lo hago, por supuesto, sin ninguna voluntad de reivindicación. Christian también tenía vínculos privilegiados con muchas otras personas, como el padre Maurice Borrmans del PISAI² o el padre Claude Rault, hoy obispo del Sahara u otros miembros del Ribat, etc. Pero, personalmente, yo también tenía, con Christian, algunos puntos en común. Como él, yo había cursado mi formación en el seminario de los Carmes del Instituto católico de París. Había trabajado durante algún tiempo, como él, en el Centro Richelieu (capellanía de la Sorbona), con el padre Charles, que iba a ser el rector de Christian en el Sacré-Cœur de Montmartre. También teníamos algunos lazos familiares y algunas similitudes en nuestros itinerarios por diferentes razones.

Pero, sobre todo, yo, como él, estaba profundamente preocupado por la relación con el islam y los musulmanes en Argelia. Como él, en ocasiones, acudí a las Journées Romaines, cada dos años, para reflexionar sobre esta evolución de las relaciones entre musulmanes y cristianos a nivel internacional. Al igual que él, estaba en contacto regular con el PISAI. Hablábamos entre nosotros, de forma regular, sobre la comprensión de nuestro testimonio en el entorno musulmán.

No estaba, por otra parte, necesariamente de acuerdo con él sobre su voluntad de tomar el islam sólo por la cumbre de sus valores espirituales. Le escribí, por ejemplo, expresando mi desacuerdo con el análisis que había hecho en su artículo publicado en la *Lettre de Ligugé*³, y en el que, en mi opinión, había acercado demasiado la comprensión cristiana del rostro de Dios a la lectura musulmana de ese mismo rostro.

La relación del monasterio con su entorno musulmán

Esta relación se basaba, en primer lugar, en el dispensario dirigido por el Hermano Luc, al que acudían cada día varias decenas de mujeres con sus hijos. En un pequeño pueblo de setecientos habitantes, ya era un vínculo muy fuerte con la población, aunque los visitantes del dispensario venían en gran número de las localidades vecinas, e incluso de la ciudad de Médéa, a siete kilómetros de distancia.

² PISAI: Instituto pontificio de estudios árabes y de islamología (Roma).

³ Christian DE CHERGÉ, «Venons-en à une parole commune. Chrétiens et musulmans, témoins et pèlerins de la miséricorde», *Lettre de Ligugé*, n° 217 (1983), p. 26-50.

En los primeros años después de la independencia, el monasterio aseguraba también el mantenimiento de la pequeña escuela primaria que había sido construida en el fondo del jardín. Por otra parte, un taller dirigido por una laica de origen belga, la señora De Smet, aportaba una ayuda a la formación de las jóvenes. Una almazara también ofrecía a los campesinos vecinos la posibilidad de exprimir sus aceitunas.

Otra forma de relación se basaba también en las relaciones establecidas con los trabajadores asociados al trabajo del jardín del monasterio. El diario del hermano Christophe refleja de manera conmovedora esta relación y tendremos la ocasión de volver a ella⁴. Además, en el campo, las colaboraciones van necesariamente más allá de la propiedad directamente afectada. A menudo es necesario prestarse herramientas de trabajo, ayudarse mutuamente en determinados trabajos, etc.

Pero también era la vida cotidiana la que fundaba las relaciones con los vecinos. El padre Amédée en la recepción, que hablaba árabe dialectal, tenía constantemente visitantes y sobre todo mujeres visitantes. Otros hermanos, como Paul, el fontanero, aportaron la ayuda de sus habilidades específicas. En caso de emergencia, el coche del monasterio también se movilizaba para ir a Medea a llevar a un enfermo o a proporcionar un objeto necesario. Los encuentros vinculados también a la buena vecindad se asumían siempre que fueran compatibles con la vida del monasterio: felicitaciones por los nacimientos, por los matrimonios, participación en la pena de los lutos, en la alegría de los éxitos en los exámenes, etc.

El hermano Christian no siempre era favorable a la multiplicación de los servicios para dejar al monasterio su vocación propia. Por ejemplo, en principio, no pensaba sustituir al hermano Luc, por otro monje médico si éste se retiraba. Habría querido que el monasterio fuera aceptado, en primer lugar, como comunidad de oración y no por servicios tan específicos como el dispensario. El cardenal Duval, por otra parte, no le seguía en este punto de vista.

Mi visita al monasterio el día después de la Navidad de 1993

De todos los encuentros tan impactantes que he vivido con la comunidad de Tibhirine, el más significativo fue, evidentemente, el que siguió a la primera visita al monasterio de un grupo armado.

El grupo comandado por Sayah Atia, entonces responsable del GIA, irrumpió en el monasterio, como es sabido, la tarde del 24 de diciembre de 1993, hacia las 8 de la tarde. Se ha contado, por cierto, lo que se habló entre el hermano Christian y el jefe del grupo. A la mañana siguiente, el padre Christian me llamaba para avisarme de esta visita. Subí al monasterio con el P. Gilles Nicolas, párroco de Medea, el 26 de diciembre.

La comunidad tenía que tomar una decisión muy seria. Permanecer en el lugar con todos los riesgos, o abandonar el lugar y romper así casi sesenta años de relaciones con el pueblo de Tibhirine y la región de Medea. En un primer momento, después de la visita del GIA, la comunidad había decidido abandonar el monasterio no, principalmente, por los riesgos incurridos, sino por miedo a estar involucrada en relaciones con el grupo armado contrarias a la vocación de los monjes. En una segunda etapa, la comunidad decidió, finalmente, quedarse hasta que un acontecimiento importante demostrara que no era

⁴ *Le souffle du don. Journal de frère Christophe, moine de Tibhirine*, Paris, Bayard/ Centurion, 1999, 204 p.

posible permanecer en ese lugar. La comunidad, al tomar esta decisión, era sobre todo sensible a las solidaridades vividas con el pueblo y el entorno.

Partir era posible para los monjes. Pero era imposible para los habitantes de la aldea, ellos mismos amenazados, sobre todo por haber aceptado durante todos estos años la presencia de los monjes y haber desarrollado con ellos relaciones de vecindad y de amistad. Por otra parte, en el momento de esta primera visita de un grupo armado, la casi totalidad de las comunidades religiosas de Argelia estaban todavía en su lugar de testimonio y de vida. El monasterio habría sido uno de los primeros en abandonar su lugar de vida, aparte de las Hijas de la Caridad de Ouarsenis.

Sin embargo, la comunidad decidió reducir su presencia durante algún tiempo. Por el momento, Celestin iría a Francia para recibir cuidados, Philippe para estudiar y otros dos por diversos motivos.

Algún tiempo después, Christian me pidió que subiera de nuevo y me reuniera con cada uno de los monjes individualmente para que pudieran expresar su decisión de quedarse, personalmente y en una conversación sin más testigos que yo, su obispo. Hice estos encuentros y comprobé que cada monje estaba decidido a quedarse hasta que otro acontecimiento pusiera en tela de juicio esta decisión.

En varias ocasiones, durante mis otras visitas al monasterio, en este período, miembros de un grupo armado pasaron durante la noche para que se tratara a un herido. El padre Christian me informaba, por la mañana, de estas visitas. La comunidad había recuperado la serenidad al constatar que este grupo respetaba el monasterio. No era, por otra parte, el grupo que iría más tarde a secuestrarlos.

La profundización de la vocación de los hermanos después de la primera intrusión del grupo armado

Lo que me impresionó especialmente durante mis visitas, después de la Navidad de 1993, fue el crecimiento en disponibilidad interior y en comunión fraterna de todos los miembros de la comunidad. Conforme pasaban los meses, se iban multiplicando los atentados en la vecindad - y en toda Argelia -, pero, en el monasterio, la serenidad y la ofrenda de sí crecían y prevalecían sobre el miedo.

De hecho, como afirman todos los testimonios, durante estos 27 meses -de diciembre de 1993 a marzo de 1996- la comunidad realizó un extraordinario camino de comunión fraterna y cercanía espiritual con el vecindario. Esta irradiación alcanzaba a toda la diócesis, porque el monasterio representaba la vanguardia de la fidelidad a la sociedad argelina sufriente.

Por otra parte, el período de marzo de 1996 fue percibido por Christian como un momento de retorno progresivo a la calma en la región, como lo demuestra la invitación que hizo al Ribat, por primera vez desde la Navidad del 93, a celebrar su encuentro en el mismo monasterio. Es cierto que la mayoría de los miembros del Ribat vivían aislados en lugares donde los peligros podían parecer aún más amenazadores que en Tibhirine (Chéchar, Batna, El Abiodh Sidi Cheikh, Aïn Naadja, Apreval, etc.).

Cada atentado contra uno de los miembros de nuestra comunidad era, por supuesto, una grave prueba para el monasterio y para todos nosotros. Encontramos en los escritos de Christian o en el diario de Christophe, un eco muy rico del sentido dado a todas

estas pruebas que, varias veces además, llegaron a los miembros del Ribat: Henri Vergès, Christian Chessel, Odette Prévost, antes de llegar a los propios siete hermanos.

Pero el monasterio apoyaba, mucho más ampliamente, a toda la Iglesia de Argelia, por su fidelidad a su lugar. Pocas personas subían entonces a la oración de la comunidad. Pero muchos aprovecharon las visitas de los Padres. Las del Hermano Luc, que iba periódicamente a Hussein-Dey a descansar con el Padre Carmona, o las de Christian, que tenía una habitación en la Maison Saint-Augustin de Argel, en la que, además, empezó a escribir su testamento el 1 de diciembre, punto de partida del ultimátum dirigido por el G.I.A. a todos los extranjeros y a todos los no musulmanes para que abandonaran Argelia.

La situación particularmente grave por la que atravesaba el país conducía, por otra parte, a Christian a hacerse intérprete de sus motivos de fidelidad a su vocación en Argelia ante su orden y ante muchas otras personas interrogadas por los responsables de sus congregaciones.

Christian había pensado incluso en formar un grupo de voluntarios de la Iglesia en Argelia que se comprometieran a permanecer en Argelia pasara lo que pasara, incluso si la situación empeoraba. Llegó incluso a aconsejar a algunas religiosas o a laicos consagrados que permanecieran fieles a su vocación argelina, incluso contra la decisión que tomaría su congregación o su grupo de hacerlos partir.

El retiro del padre Christian a los laicos el 8 de marzo de 1996

En este contexto, pedí a Christian que viniera a predicar el retiro de los laicos del 8 de marzo en la Casa diocesana. Quería establecer un vínculo entre la meditación del monasterio sobre su presencia en su lugar y la decisión espiritualmente motivada que los laicos aún presentes habían tomado de permanecer a pesar de los peligros. Al principio me había respondido que un monje no tenía vocación de predicar fuera de su monasterio. Pero le dije que tenía que bajar a Argel para encontrarnos ya que los laicos ya no podían subir al monasterio por razones de seguridad.

El texto de este retiro, que ha sido grabado y publicado en otro lugar, contiene las últimas meditaciones públicas de Christian. Quince días después, de hecho, fue secuestrado con sus hermanos. Ese fue mi último encuentro con él. Debía subir al monasterio el fin de semana del sábado 30 y el domingo 31 de marzo para estar presente en la elección del prior en ausencia del padre inmediato, que no había podido obtener un visado. No hice esta visita porque los hermanos habían sido secuestrados cuatro días antes.

Durante este retiro, el padre Christian hizo la siguiente observación:

Después de la visita de un grupo armado que vivimos en Navidad, un padre abad cisterciense nos escribió: «La Orden no necesita mártires, sino monjes.» El coraje de lo cotidiano es el que más nos toma por sorpresa. Un estudiante africano, que volvía a casa para pasar el verano, preguntó a su abuelo si debía volver a Argelia en crisis violenta. La respuesta del abuelo fue: « Dondequiera que tengas que luchar para vivir, ahí es donde tienes que estar, porque ahí es donde vas a profundizar en tu vida.⁵ »

⁵ *Sept Vies pour Dieu et pour l'Algérie*, Paris, Bayard/Centurion 1996, p. 206. El texto completo de esta selección se encuentra en Christian DE CHERGÉ, *L'invincible espérance*, Paris, Bayard/Centurion, 1997, p. 289-318.

La relación de la comunidad de Tibhirine con la diócesis

Pero más allá de este período grave, quisiera evocar, de manera más amplia, la relación que existía entre el monasterio -y particularmente Christian, pero también Christophe, Luc, Célestin, Amédée y los demás- y nuestra comunidad diocesana.

Antes de la crisis de seguridad, la mayoría de los movimientos laicos o comunidades religiosas marcaban sus puntos álgidos espirituales subiendo a Tibhirine durante un día o un fin de semana. Muchos laicos, en particular cristianos argelinos, mantenían allí sus encuentros privilegiados para una dirección espiritual o para vivir tiempos de oración personal.

Cuando subía a Tibhirine, el padre Christian siempre preparaba una pequeña hoja de papel que podía contener 10, 15, 20 puntos, que había anotado cuidadosamente con su fina letra. Se trataba, en la mayoría de los casos, de problemas relativos a personas de la diócesis que se habían confiado a él y de los que quería que habláramos los dos. Me asombraban los vínculos que tenía con tantas personas diferentes, ya sea a través de sus visitas al monasterio, o a través de su extensa correspondencia con los cristianos de Argelia, pero también de más allá. En estos diálogos abordaba también las grandes cuestiones que se planteaba o las grandes intervenciones que había tenido que hacer en los encuentros de la Orden.

El padre Christophe, más joven, estaba más cerca de los miembros de la parroquia donde había cooperado durante un tiempo (Rouiba, Hussein-Dey). Otros como Celestin, Amédée o Paul tenían sus propias relaciones.

Por otra parte, todos estábamos muy atentos a las informaciones que nos daba el hermano Luc. A través de todos los enfermos tenía, en efecto, relaciones privilegiadas con la región donde estaba implantado el monasterio. Completaban con su valiente realismo lo que el padre Christian podía, a veces, presentar bajo una luz demasiado idealista. Este realismo lo llevaba incluso a reflexiones que habrían podido desalentar a quienes no tenían una fe profunda en su misión en Argelia. Recuerdo cómo, al comienzo de la crisis de la violencia en Argelia, le pregunté si, en su opinión, esta crisis iba a durar mucho tiempo. Respondió con una gran carcajada -que no pude compartir, lo confieso: «¡Nos esperan cien años de guerra!»

Pero era toda la comunidad la que nos impresionaba por su compromiso con su entorno argelino, por su vida de trabajo y de oración, y por su meditación sobre el sentido del testimonio cristiano en tierra del Islam. Las intenciones formuladas en la Liturgia de las horas, muy breves, estaban siempre llenas de sentido, en relación muy significativa con la vida de nuestra Iglesia o con la vida de Argelia. Las homilías, sobre todo las de Christian, pero también las de Christophe, solían ser un viaje de ida y vuelta extremadamente significativo entre la meditación cristiana y la vida de la Argelia musulmana.

No siempre estábamos de acuerdo con los puntos de vista de Christian sobre la comunión espiritual con el Islam y los musulmanes. Y a veces le decíamos que idealizaba la vida de la comunidad musulmana o la dimensión mística del Islam. Pero todos admirábamos su total compromiso personal con esta vida de monje cercano al Islam y a los musulmanes. Recordemos sólo con qué valentía compartía completamente el ayuno de los musulmanes durante el Ramadán, sin renunciar por ello a los trabajos de la comunidad

y a su oración. Pero mucho más ampliamente, el monasterio apoyaba a toda la Iglesia de Argelia, por su fidelidad a su lugar.

Algunos signos del vínculo existente entre la vida de los monjes y nuestra meditación

No escribí el contenido de mis conversaciones con la comunidad y, por lo tanto, no puedo compartir con ustedes estos diálogos con la fidelidad que desearía. Pero quisiera, para terminar, retomar algunas frases del Diario del hermano Christophe⁶: me parece que ilustran lo que era su diálogo espiritual, a través de los sencillos encuentros que vivía con sus colaboradores en el trabajo del jardín.

«Al Padre Amédée diciéndole: Rabbi ma'ak (Que Dios esté contigo), Moussa: «Sí, pero no deben ser sólo palabras. Esto tiene que ser verdad, aquí, en el corazón» (p. 115).

(Después de la muerte de los cuatro Padres blancos) Moussa declara: «... no vemos el futuro, está bloqueado. E incluso los cuatro que fueron asesinados, si al menos pudiéramos decir: estos son los últimos... Oh ! si morir pudiera detener, evitar la muerte de tantos otros, oh, entonces con gusto, como decimos con placer: me ofrezco voluntario... » (p. 130).

« Irse de aquí sería (para mí [...])dejar de caminar contigo, siguiendo tus pasos comprometidos en esta tierra de Argelia. También escucho esta pregunta de los vecinos, de Moussa, de Mohamed, de Ali: ¿Te quieres ir, dejarnos? Pero esta pregunta viene de Ti y me mantiene libre en el Don del Padre, uniéndome a Ti, aquí. ¿Habrás que partir algún día?» (p. 140)

La mirada de los pobres apela a tu autoridad en nosotros. Christian le decía a M., hijo de Ali: «Sabes, somos como el pájaro en la rama.» Y él respondió: «Verás, la rama eres tú. Nosotros somos el pájaro. Y si cortamos la rama... » (p. 41-42)

Mohammed antes de Laudes me pide ganchos para desenterrar las patatas. Con un gran deseo de la Palabra. Me quedo con esto, sobre el trabajo en asociación en los jardines: «Ya sabes, es como la misma sangre que nos atraviesa, nos irriga juntos.» Así para él, la sangre habla en primer lugar de Vida, y de vida común, compartida. (p. 98)

De Mohammed, el guardián, una mañana de nieve: «Ves. Él [el Señor], su corazón es todo blanco. Él nos envía la nieve para blanquear nuestro corazón.» (p. 134)

A través de estas pocas frases - y hay muchas otras similares en este Diario del hermano Christophe - se puede entrever, me parece, lo que íbamos a buscar en el monasterio de Tibhirine: una comunidad contemplativa cuyo horizonte espiritual, la oración y el ofrecimiento de vida estaban en relación constante y profunda con el pueblo argelino.

Henri TEISSIER (†)
Arzobispo emérito de Argel

⁶ *Le souffle du don. Journal de frère Christophe.*